

LA NUEVA COYUNTURA DE LAS AMÉRICAS DESDE LAS PERSPECTIVAS DE WASHINGTON Y LA CIUDAD DE MÉXICO: ¿ES POSIBLE CONCEBIR UNA NUEVA ESPERANZA?

Dr. Matthew Carnes, S.J

Dr. Abelardo Rodríguez Sumano



La nueva coyuntura de las Américas desde las perspectivas de Washington y la Ciudad de México: ¿es posible concebir una nueva esperanza?

*Dr. Matthew Carnes, S.J (Georgetown University)

**Dr. Abelardo Rodríguez Sumano (Universidad Iberoamericana, CDMX)

Las Américas se encuentran en una atmósfera semi surrealista: prácticamente una dicotomía existencial entre la región y el mundo. Por una parte, la crisis de la Covid-19 va disminuyendo gracias a la labor insoslayable de las vacunas y al uso de cubrebocas que han permitido una reactivación de la movilidad humana, la transportación y las más diversas actividades de la sociedad de nuestros días. Igualmente, las variantes del virus van perdiendo fuerza en los niveles de contagio e infección lo cual ha hecho posible un regreso aparente a la “normalidad.” Indudablemente que el sacrificio del sector salud y la comunidad científica, las nuevas tecnologías y la más diversa y amplia gama de protocolos han permitido salir de encierros prolongados en casa para asistir a los centros de trabajo, oficinas y escuelas. Hay un sentimiento de nueva apertura, de un regreso a la vida (casi) normal.



No obstante, se percibe que la región —y el mundo— está en crisis, y que esa crisis no solo es producto de la pandemia o cambios recientes, sino que tiene larga trayectoria. De esa manera, se pone en duda muchas de las orientaciones básicas que habían prevalecido antes de la emergencia sanitaria. En tal sentido, los compromisos básicos del periodo de la pos-Guerra Fría se ven alterados y ello precipita la generación de nuevos desafíos para los que quieren contribuir a sociedades más estables, inclusivas, y pacíficas.

En este breve artículo, pasamos revista a cuatro tipos de crisis: en la democracia y la gobernanza, en la economía y la distribución de beneficios, en la seguridad, y por último en el liderazgo internacional. Por cada tema, notamos una tendencia general que afecta a México y Estados Unidos, en una perspectiva hemisférica y global; asimismo, detallamos algunos aspectos de cómo esa tendencia se exhibe en cada país, y ofrecemos algunas recomendaciones para la acción de universidades y otras instituciones de incidencia en la sociedad en un sentido más amplio. Por lo tanto, sostenemos al final de este texto que las universidades conforman parte de la respuesta a la interrogante ¿es posible concebir una nueva esperanza?



Fotografía: @pexels.com

Pues bien, las tendencias que señalamos aquí son especialmente importantes porque marcan un punto de inflexión entre generaciones. Por ejemplo, dividen a las poblaciones que nacieron y se formaron después de la Segunda Guerra Mundial, y que incorporaron un sentido de esperanza latente en su percepción del mundo y sus posibilidades en contraste con la de una población que nació después de 1990, y que ha experimentado, durante la mayor parte de su vida consciente, una democracia cuestionada o decadente, falta de movilidad social, y últimamente, una pandemia. Coincide, casi perfectamente, esta división generacional con la separación entre profesores y líderes sociales que están al frente de la educación y los negocios, y los alumnos y jóvenes de hoy que están en los estudios y empezando sus años productivos. Por lo tanto, consideramos que si se van a fomentar nuevos caminos de participación y transformación social, es imprescindible trazar y ampliar el puente entre generaciones debido a las divisiones que existen entre ellas y a la constante erosión de la esperanza.

1. La crisis sobre la democracia y la gobernanza

La época pos-Guerra fría prometía mucho. Prometía la inclusión de más y más personas en la vida política y económica, con vidas más largas y más sanas. Prometía estabilidad y seguridad, y acceso a las decisiones por la democracia que llegó a más y más países. Particularmente en las Américas en los años 80 y 90 se vivió la transición desde gobiernos autoritarios a líderes electos por sus propios conciudadanos, y dicho período promovió un fuerte sentido de la esperanza porque además se acompañaba de la defensa de los derechos humanos y transformaciones culturales a favor de la inclusión, la diversidad y la pluralidad.

Lastimosamente, al paso de una década, ya se podía palpar que la democracia tenía sus límites, y que los gobiernos eran menos efectivos de lo que se esperaba. En varias partes del

[illegible]

oieron
 pro-
 s, sino
 presi-
 afael
 uierda,
 a.

Dos países que parecían evitar esta tendencia eran los Estados Unidos y México. No obstante, en 2016 y 2018, respectivamente, los dos se agregaron a la lista. Las elecciones de Donald Trump y Andrés Manuel López Obrador señalaron un cambio fuerte en las políticas de ambos países. El primero, aunque funcionó con el apoyo del Partido Republicano, se desvió de muchas de las premisas de ese partido, para rehacerlo a su propia imagen. Y el segundo, después de pasar tiempo en partidos tradicionales como el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) creó un nuevo partido años después: Movimiento Regeneración Nacional (MORENA), con el que logró arribar a la presidencia de la República.



Estos líderes han contribuido al sentido de crisis en sus países, especialmente en el marco de la turbulencia y el desequilibrio constantes. En primer término: prefieren la comunicación política directa a través de las redes sociales con sus seguidores. O bien en actos directos como conferencias de prensa mañaneras, lo cual propicia un ambiente volátil al salir a toda hora, muchas veces sin un sentido programático e institucional e irrumpiendo en la esfera pública y sin una visión de Estado. Esa política complica la planificación y deja en la incertidumbre la continuación de cualquier obra o

proceso en marcha. De hecho, en ambos países, los proyectos de infraestructura de largo plazo quedan estancados, y muchas orientaciones que habían prevalecido por décadas están siendo dismanteladas. Para la democracia, esto significa que es difícil saber qué hará un presidente individualista, y también es difícil identificar cuáles serán sus orientaciones principales cuando venga la próxima votación.



Y en segundo término, notamos que las instituciones no son suficientes, en sí, para preservar la democracia y el dominio de la voluntad popular. Incluso, las instituciones pueden reforzar el poder de las minorías, como hace el Colegio Electoral y el Senado en EEUU, y pueden ser vulnerables a la intervención de líderes electos. De igual forma, las Cortes, así como los Congresos pueden ser dominados por los poderes ejecutivos, y pueden promover leyes y fallos que se encuentran lejos de las preferencias de la mayoría. Al mismo tiempo, las elecciones pueden dar un mandato y legitimidad a los presidentes, o al revés, cuando son cuestionados, pueden aumentar la legitimidad de la oposición. Algo similar ocurre en México con el Instituto Nacional Electoral o el Tribunal Federal Electoral, que se encuentran en un estrujante acecho por el poder de la Institución Presidencial y los militantes de MORENA.

Estas dos tendencias, de liderazgo personalista y de instituciones vulnerables, no parecen ser transitorias, sino permanentes. Muestran fallas fundamentales en la democracia y perfilan la creencia de que esta es inoperante y sin posibilidades de impulsar una participación inclusiva y participativa. En consecuencia, el alto nivel de sospecha sobre la democracia en la región, refleja este sentido de crisis permanente.

2. La crisis de la desigualdad e inclusión

Una de las promesas de la pos-Guerra Fría consistió en que cada vez más personas tendrían el acceso a los beneficios del crecimiento económico, y que los ingresos de la clase media serían más grandes en sociedades a lo largo del hemisferio. Con la apertura de nuevos mercados y la transformación de economías desde las materias primas a las industrias y servicios, se esperaba que los niveles de vida, salud, y educación, simplemente mejorarían.



Sin embargo, el crecimiento que se vio en Europa y en Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial no llegó en la forma anticipada en la región. La mayoría, siguiendo la línea intelectual de Kuznets, anticiparon que las Américas podrían abrir sus mercados en búsqueda de crecimiento liderado por las exportaciones. Esta perspectiva se concretó a través del llamado Consenso de Washington de los años noventa que fue promovido por las grandes instituciones y bancos multilaterales, como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, perfilando el ajuste en la política económica hacia la disminución del gasto fiscal, la desregulación de la inversión extranjera, y la flexibilización del mercado de trabajo. Y, ciertamente, se vio un dinamismo en las Américas, con una reducción en el nivel de pobreza y una rápida urbanización. Sin embargo, también se exacerbaron las contradicciones sociales. Asimismo, la clase media que emergió no estaba segura en su nuevo puesto. De hecho, muchos se sentían aún más vulnerables, conscientes de que una enfermedad, pérdida de trabajo, u otro imprevisto podría significar un descenso cercano a la pobreza. Además la privatización o el desmantelamiento de protecciones sociales como pensiones y servicios de salud implicaba que no podían confiar en una red de seguridad social para pasar momentos difíciles.

En el nuevo milenio, la frustración con el modelo neoliberal trajo una ola de gobiernos de izquierda que provienen en su mayoría del Foro de Sao Paulo (1990). Los más radicales proclamaron un nuevo modelo que sería basado en la inclusión social, y aún los más moderados intentaron incorporar mejoras para los trabajadores informales y sus familias, y usaron nuevas herramientas como las transferencias condicionadas e inversiones del estado de bienestar. Durante esa época, a pesar de leves descensos en los niveles de desigualdad económica, la brecha fundamental entre clases sociales siguió siendo grande. Esa trayectoria ha polarizado casi por igual a partidos políticos, candidatos a puestos de elección, diversos sectores sociales e incluso al empresariado. Y, por el otro lado, a trabajadores y comunidades indígenas. En este tenor, las crisis económicas internacionales (1997 y 2009) o bien la

pandémica (2020- 2023) reforzaron los sentimientos de marginación y olvido de los menos favorecidos en la distribución del ingreso a manos de gobiernos, empresarios e instituciones de diversa índole.



Estas tendencias se veían en cada país en formas distintas, pero tomaron características muy particulares en México y EEUU. En México, la “instauración democrática” en el año 2000 llegó tardíamente con la elección presidencial de Vicente Fox aunque asomaron sus sesgos autoritarios rápidamente. Lo relevante aquí es la continuación de la línea neoliberal por más tiempo, al igual que en otros países de la región. En ese caso fue de los escasos países que no tuvo un gobierno de izquierda en la presidencia durante la primera década del siglo XXI. Incluso, ese gobierno se enfocó en la integración económica hacia EEUU y Canadá, con pocos ajustes y poco crecimiento que se vieron alterados tras los ataques terroristas del 11 de septiembre en Estados Unidos. En consecuencia, prevalecieron y se agudizaron los altos niveles de desigualdad, incluyendo los sexenios de Felipe Calderón (2006-2012) y el regreso del PRI con Enrique Peña Nieto (2012-2018). Fue en ese último tramo cuando llegó a la presidencia Andrés Manuel

López Obrador, quien prometió un cambio fundamental del modelo económico neoliberal. Ahora está en marcha su esfuerzo, que depende de un apoyo central de la industria petrolera y que avanza a través de grandes subsidios a los adultos mayores y jóvenes de escasos recursos. Al respecto, surgen muchas dudas sobre la viabilidad de sus políticas tanto económica como ecológica, pero hasta el momento le han brindado altos niveles de aprobación política y electoral.

Y en EEUU, las brechas económicas y la polarización social también crecieron, no obstante, no recibieron la misma atención (quizás por no caber dentro de la visión del “sueño norteamericano”). Lo que sucedió en realidad es que las políticas que implementaron los gobiernos demócratas al igual que los republicanos disminuyeron el papel del estado en la economía con toques pequeños de ajuste al final por el gobierno de Barack Obama. En contraste, con el arribo de Donald Trump al poder se puso de manifiesto la gran distancia social entre muchos grupos en EEUU, y sus experiencias divergentes de la economía y la movilidad social. De esa forma, Trump capitalizó esas divisiones, y se hizo campeón de sectores mayoritariamente blancos, evangélicos, o bien de sectores medios y de bajos recursos que se sentían olvidados, excluidos, y juzgados por las elites en las ciudades y en las costas. En el fondo, el descontento sólo creció en ambos partidos y en todos lados, y el gobierno de Joe Biden no ha podido cambiar la trayectoria de la opinión pública y del gran electorado.

De esa manera, se puede argumentar que, durante todos estos cambios de política y modelo, las mismas desigualdades se han ampliado y complejizado. Asimismo, las élites tienen la capacidad de protegerse y resguardar a sus familias y capitales a la luz de grandes murallas, guardias privadas, regulaciones en favor propio, y la posibilidad de mudar casi todo a otro país más favorable cuando no se sientan cómodos. Dichas élites no invierten en gran medida en empresas de mayor productividad y mayor tecnología, sino que han enfatizado su inversión en las materias primas y en los servicios.



Mientras, las clases populares se ven rezagadas por las limitadas oportunidades en la educación, trabajos estables o una mejor capacitación. Para muchos, es un círculo vicioso y propicia un sentido de desesperanza. Primordialmente por la incapacidad para cristalizar promesas de mayor oportunidad e igualdad que debilitan el proyecto de un bien común en la sociedad. Justamente ese es el caldo de cultivo para el resentimiento y un enfoque en el individualismo de manera dominante que afectan la vida en comunidades locales, municipios, regiones, y países enteros. Por esta razón es difícil que todos se sientan parte de algo compartido, y, en realidad, muchos se desmoralizan para contribuir y participar en favor de los demás, incluyendo en Estados Unidos. Tristemente, “la salida lógica” para muchos en América Latina es migrar. Y para muchos más es la “única salida.” Situación que se complica con la crisis de seguridad por la violencia estructural, amenazas de muerte, sicariato, pandillas o bien, persecuciones políticas. Y en EEUU, la xenofobia y la inmersión en movimientos nacionalistas llegan a ser más y más potentes y comunes.

Esta trayectoria aparece como permanente; aún así existen salidas y hay ejemplos de éxito, los cuales permiten vislumbrar modalidades para la acción tanto a nivel personal como en el nivel nacional, regional o global que reflejan múltiples desafíos hacia delante. En medio de esas oportunidades, desconfianzas y sospechas, la colaboración se complica. En cualquier caso, estas tendencias afectan profundamente a los otros grandes temas de este ensayo: la democracia y la certidumbre que se pueden abstraer de la siguiente manera: “Si no siento que mi vida económica tiene estabilidad y futuro, también dudo del sistema político en el que estoy y el mundo en el que vivo y en otros poderes que me rodean.”

3. La crisis de seguridad

En materia de seguridad en la región, la tendencia de las últimas décadas es la inseguridad. Con rasgos distintivos en Estados Unidos y en México, lo cierto es que una variable general del subcontinente latinoamericano es la disfuncionalidad del Estado de derecho que se va a crispar con lo que se ha presentado líneas arriba. Ciertamente que la desigualdad y la frustración de muchas de las esperanzas que la época ha presentado eleva los niveles de violencia tanto entre países como dentro de ellos. Más aún, hay un alarmante sentido de vulnerabilidad para amplios sectores de la población, y esto rompe o debilita los impulsos de confianza y colaboración interamericana. Asimismo, desmoraliza a amplios sectores de la población, tanto jóvenes que sólo han conocido el conflicto y la agresión como adultos que saben que su mundo no tiene por qué ser así.

A pesar del terrorismo internacional o de la invasión rusa a Ucrania que tocaremos al final de este texto, uno de los flagelos más lacerantes en las Américas del último siglo lo representa la creciente demanda de drogas a nivel global y, de manera particular, los estragos que ha

perpetrado el crimen organizado en las Américas. En este tenor, apuntamos aquí los fracasos de la guerra contra las drogas de los Estados Unidos en las últimas décadas, ya que no han tocado realmente ni el consumo de drogas ni la venta de armas y sí han potencializado la lucha por el control territorial entre los Andes y el Caribe o entre México y Guatemala, Honduras y El Salvador. Incluso han fomentado la ampliación de las áreas de cultivo de drogas, las rutas de trasiego, la expansión y la dispersión de carteles, o bien, de la delincuencia organizada en el hemisferio.



Estas tendencias han mudado del contrabando y la venta de drogas al secuestro, la trata de personas, el cobro de piso, la migración forzada, la persecución delictiva hasta narcoterrorismo. Impactan negativamente en la efectividad de la policía e incluso fomentan la militarización; aspectos, todos ellos que comprometen la seguridad nacional, regional y continental. En la vida cotidiana, han afectado a muchos países en el hemisferio, y México y Estados Unidos lo manifiestan en formas distintas pero con aspectos comunes.

En México, la combinación de corrupción, impunidad, criminalidad, el tráfico de drogas, y la falta de cobertura de la autoridad dejan a regiones importantes del país en la vulnerabilidad y en algunas ocasiones al borde de un estado de guerra. Por ejemplo, la policía local no tiene la capacidad para frenar a los grupos armados, y los esfuerzos civiles resultan insuficientes para modificar el balance de poder doméstico. Irónicamente, el dilema para la seguridad en México en algunas ocasiones pasa por la falta de confianza entre policías y militares de cara a diversas actividades delictivas por el temor de la filtración del crimen organizado en sus estructuras.

En los últimos años, en Estados Unidos también se ha visto un aumento de la violencia en las ciudades. Al amparo de robos y disputas entre gente conocida, la gran cantidad de armas de fuego decanta muchas veces en muertes o lesiones graves. También, han florecido nuevos grupos antiestados y terroristas, que expresan su oposición al sistema desigual y excluyente con actos de violencia, intimidación y protesta desordenada. En respuesta, la policía ha aumentado sus herramientas punitivas e incluso se ha militarizado, y muchas veces intimida a ciudadanos con un uso no moderado de fuerza. En un país conocido por su seguridad y tranquilidad, esto causa nuevos miedos y dudas entre la gente sobre el futuro y cómo confiar en los demás.



Las implicaciones son grandes por la inseguridad y la actuación de los líderes políticos. De cualquier forma, es más evidente que la preeminencia del poder del Estado, tanto por su ordenamiento legal como por su estructura militar o incluso nuclear, ya no parece tan potente en Estados Unidos.

Por si lo anterior fuera poco, ahora el mundo y las Américas requieren redoblar esfuerzos a favor de una mayor y mejor gobernanza para anticiparse a las pandemias, el cambio climático, los desastres naturales, los ciberataques, la pobreza y la inseguridad alimentaria en los próximos años y décadas. Para forjar nuevos consensos y afianzar la seguridad de todos, un nuevo contrato social parece necesario en los niveles locales, nacionales, regionales y globales. Indudablemente, depender de la fuerza de las armas y la coerción de las leyes no resuelve una gama más amplia de problemas. En contrapartida, resulta apremiante promover nuevos compromisos sociales e institucionales y una mejor capacitación para participar constructivamente en la sociedad.

4. La crisis del liderazgo internacional y su impacto en las Américas

Por último, observamos que la política mundial experimenta cambios dramáticos con implicaciones todavía incalculables para la región. En menos de tres décadas el sistema internacional se movió de la bipolaridad a la unipolaridad para encontrarse en la actualidad en la multipolaridad bajo una evidente disputa por la hegemonía mundial entre Estados Unidos, China y Rusia. Esto se manifiesta en una falta de coordinación y cooperación relevante frente a algunos de los problemas más importantes y críticos de nuestros días.

A la luz de este enfoque, no perdemos de vista que el hemisferio occidental ha sido el área de influencia de Washington por cerca de dos siglos. En consecuencia, Estados Unidos se

puede convertir en la gran amenaza para la integridad territorial o para las élites políticas que detentan el poder o bien pueden ser también grandes socios o aliados, y ello depende del país y la coyuntura. Un ejemplo de lo anterior en México es la Doctrina Estrada de 1930, la Doctrina Mexicana de Guerra de 1943 o bien el Tratado de Libre Comercio de América del Norte.



Ahora bien, el fin de la Guerra Fría elevó a Washington al estatus del único súper poder del planeta tras el derrumbe de la ex-URSS. Aún cuando la República Popular China emergió como una tercera potencia nuclear durante la Guerra Fría en realidad su estatus de potencia en ascenso se ha materializado tras los ataques terroristas del 11 de septiembre, que han significado el cierre de ciclo de la unipolaridad estadounidense.

En relación con Estados Unidos destacan algunas acciones: primero, Washington se embarcó en la guerra global contra el terrorismo en el Medio Oriente por cerca de una década. Después, bajo su administración, Obama, a través de la política del “rebalance” refocalizó prioridades en Asia-Pacífico ante el despegue de China y los desafíos nucleares de Corea del Norte. Entre

tanto, la administración Trump se encontraba en plena guerra comercial con Beijing cuando estalló la pandemia de la Covid-19 y se declaró la emergencia sanitaria a nivel global, de la cual la humanidad no termina de salir.

En todo ese tiempo, la Rusia de Putin ha venido a retomar espacios de convergencia ideológica y hasta militar con Cuba, Venezuela y Nicaragua, por mencionar algunos países. Y China ha ampliado su influencia económica en el Caribe y el Cono Sur. Asimismo, el regreso de Rusia a la política del Gran Super Poder se expresa por lo menos desde la Guerra con Georgia en el 2008, la anexión de Crimea y estará por verse el desenlace de la invasión a Ucrania del 24 de febrero del 2022. Mientras que China avanza en la Iniciativa de la Franja y La Ruta y amplía sus áreas de influencia en el Cáucaso, Europa, África y el Medio Oriente. Todos estos reacomodos en la política mundial son más palpables con la crisis doméstica en Estados Unidos y una pérdida real de su rol como Gran Super Poder.

Infaliblemente, la recomposición de la política mundial ha repercutido en las Américas. Por ejemplo, la “Diplomacia de las Vacunas” ha permitido una ampliación de vínculos de Rusia y China en el continente. Además, México, Cuba, Venezuela, Nicaragua, Bolivia y otros se acercan con Xi Jin Ping y desafían abiertamente a la Organización de Estados Americanos, empezando por la administración de Andrés Manuel López Obrador, tanto a través en la VI Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC) en septiembre de 2021 como en la Iniciativa para las Américas en la Ciudad de los Ángeles en junio de 2022. Resulta evidente que países como México y otros en América Latina estén demandando una nueva correlación de fuerzas que disminuya la desigualdad con Washington y propicie la diversificación de relaciones: no exclusivamente con Estados Unidos, sino con Beijing, Moscú y un menú más

amplio de países en la política mundial como India, Arabia Saudita y otros. Esa tendencia se encuentra en marcha a pesar de la invasión de Rusia en Ucrania, la más sorprendente y aguda de los últimos setenta años. Una invasión asimétrica y que la mayoría de países en las Américas quieren mantener a la distancia, aunque Cuba, Venezuela y Nicaragua han apoyado políticamente a Putin. Sin embargo, a pesar de su poder, Estados Unidos no quiere intervenir por temor a provocar una respuesta desproporcionada de carácter nuclear por parte de Rusia (o aún de China). Y los demás países americanos evitan oponerse decisivamente a Rusia, o aún ofrecen apoyo comercial.



En suma, ante el reacomodo de la política mundial, sin claridad de liderazgo para conducir la paz y la estabilidad global, el valor de la democracia, la participación ciudadana, la transparencia y la rendición de cuentas van perdiendo terreno como el lugar privilegiado de la disidencia y las diferencias políticas en el mundo y en las Américas.

En Estados Unidos, el trumpismo incluso ataca a los órganos electorales y a sus adversarios políticos. En México pasa algo similar con el liderazgo de MORENA. Además, los dos principales adversarios de Washington cuentan con sistemas políticos antagónicos a la democracia en su sentido amplio. China avanza sobre las bases del Partido Comunista más antiguo en la actualidad y Rusia se mueve en los contornos de la autocracia y la política del proceso de toma de decisiones en torno a la figura de Vladimir Putin. Esta orientación en el plano internacional coincide, controversialmente, con la erosión de los principios democráticos en la región, la rendición de cuentas y la transparencia que pudieran abonar a favor de una efectiva redistribución del ingreso, la inversión en capital social y la creación de infraestructura bajo las premisas de la sustentabilidad. En el largo plazo, esa trayectoria altera la difícil relación de una seguridad democrática respetuosa de los derechos humanos, el medio ambiente y la confianza en el mundo. Más aún, la sombra de la incertidumbre en el porvenir y que va de lo individual a lo mundial—en diversos planos—es más nítida que en otros tiempos.

Conclusión - El Rol de las Universidades en Momentos de Crisis

En este escenario, ¿cuál debería ser el papel de las universidades? Creemos que pueden funcionar como una plataforma privilegiada para enfrentar las crisis que hemos apuntado aquí. Por su diseño e identidad, son instituciones intergeneracionales. También, son lugares donde se encuentran los jóvenes y las generaciones que les precedieron, y participan en un diálogo gracias a los métodos y hallazgos más robustos y pertinentes en la investigación. En un modo particular, ponen en conversación a personas mayores de 30 años, que gravitan más o menos con la generación madura que se formó en tiempos de mucha esperanza política y económica, con personas menores que solo han conocido a la democracia y la economía como realidades desencantadas.



También, las universidades tienen la virtud de ser interculturales. Buscan lenguajes y lógicas que permiten a las poblaciones con distintos valores, experiencias y perspectivas entenderse y forjar proyectos en común. En este momento de aislamiento y nuevos nacionalismos, las universidades son contraculturales, y tienen la oportunidad de buscar nuevos horizontes y acuerdos que no terminen en luchas o en la polarización.

Efectivamente, las universidades son un espacio ideal para construir puentes entre generaciones y culturas y entre tradiciones y lenguas. Primero, pueden usar sus capacidades para la investigación y proponer nuevas perspectivas y crear nuevas posibilidades de imaginar y soñar el futuro. De igual forma, ayudan a entender la realidad actual con más precisión y profundidad, distanciándose del discurso de las generalizaciones y las caricaturas. Ofrecen, asimismo, una fuerte crítica a cualquier idea floja o sin base en datos y fundamentos.

Las universidades como espacios para la creatividad y la ponderación son atrevidas para elaborar nuevas visiones y propuestas, y así crear nuevos horizontes de lo que podría ser.

Particularmente para los que han abandonado la esperanza, esto puede impulsar nuevos motivos para creer que las cosas deberían cambiar. Y para los que se esconden en la ingenuidad, hacen entendibles los problemas y las luchas que no se quieren reconocer, impulsando nuevas acciones hacia el futuro.

Segundo, las universidades tienen un rol especial en su trabajo de formación, tanto profesional como personal. En este sentido, los alumnos llegan a un punto decisivo en sus vidas, al tiempo que disciernen cuál será su profesión y cómo harán una diferencia en el mundo. Se puede sostener que, la formación técnica les capacita para innovar en todo aspecto de la economía, la industria, la política, el arte y la ciencia. Y la formación humanista les proporciona sabiduría para poder elaborar alternativas éticas que respeten la dignidad y los derechos de cada persona y que busquen el bien común. En los hechos, las universidades son lugares especialmente importantes en la educación para la democracia, como describió Tocqueville. Después de todo, participar en discusiones, formar opiniones y respaldarlas con datos y argumentos, así como aprender a ganar y perder, y no menos importante, ejercer la tolerancia, son prácticas —todas ellas— fundamentales para que la democracia funcione y las sociedades avancen de la mano de las vanguardias en el conocimiento y la ciencia e impulsen la armonía entre los pueblos originarios y la mayoría de la gente.



Tercero, las universidades son comunidades. No son simplemente colecciones de agentes libres, que buscan, ulteriormente, su bien personal. Son necesariamente comunidades, en las que los individuos colaboran en la búsqueda de la verdad, la justicia, la belleza y el bien común. Es evidente que sus innovaciones enriquecen el estudio y el intercambio de ideas, y abren nuevos horizontes y caminos. Tienen, todos un proyecto en común, que sólo se puede realizar con las contribuciones de todos. Y este proyecto no termina en las puertas de la universidad, sino que se extiende en lo que los jesuitas han llamado “comunidades de solidaridad”. En este sentido, la comunidad de la universidad siente una profunda conexión con otras comunidades, de diversas edades y culturas. Un ambiente en el que trabajar en red con todas estas comunidades es parte del ADN de las universidades, y promete oportunidades para colaborar aún cuando el nacionalismo o las brechas sociales o diferencias ideológicas sean grandes.



Por estas razones, las universidades son por antonomasia el espacio vital desde el que, en la mejor tradición del pensamiento latinoamericano y universal, se vislumbra la cultura y enaltece el amor al conocimiento y el amor a la vida porque ahí reside el “alma de un pueblo”. En este tenor, las Universidades tienden puentes con las contribuciones excepcionales y universales

de la humanidad reconocidas por el Patrimonio Cultural y Natural de la UNESCO. Asimismo, convergen y aunque a veces puedan discrepar de los premios Nobel de Paz, Letras y Ciencia dialogan profundamente con ellos porque muchas veces proveen algunos de los impulsos necesarios para la paz, la convivencia y la reconciliación.

La nueva coyuntura en las Américas, entonces marcada por las crisis de la democracia, la inclusión, la seguridad, y el liderazgo internacional, tiene una respuesta en las universidades. No son las únicas instituciones que llevan a cabo este trabajo, pero tienen un papel particularmente relevante. En suma, las universidades tienen la capacidad de superar las divisiones entre generaciones, y reducir la desesperanza y el cinismo, para construir nuevos caminos hacia el entendimiento y la colaboración. Por ello, formar a los futuros líderes y ciudadanos para la democracia y para la vida, en colaboración y solidaridad con otros, ofrece una oportunidad para repensar e imaginar incesantemente una nueva esperanza.



Agradecimientos

Los autores quieren agradecer a Valeria Valle, Luis González Villanueva, Rafael Ramírez Rodríguez, Georgina Salman Rocha, y Julio López sus diversos apoyos para la elaboración de este texto.



Dr. Matthew Carnes, S.J
Georgetown University

Profesor del Departamento de Gobierno, Escuela de Servicio Exterior, Edmund Walsh,
Contacto: mec247@georgetown.edu



Dr. Abelardo Rodríguez Sumano
Universidad Iberoamericana, CDMX

Profesor del Departamento de Estudios Internacionales, Universidad Iberoamericana, CDMX
Contacto: abelardo.rodriguez@ibero.mx

IBERO
CIUDAD DE MÉXICO

GEORGETOWN
UNIVERSITY

